LOS "FLAMENCOS" DE PARIS
Montmartre, sede de la flamenquería



El Trío Martínez que dirige el famoso maestro Juan Martínez, el depositario de la buena tradición del baile flamenco.

EL MAESTRO JUAN MARTÍNEZ

¿Quiere usted admirar el baile flamenco? ¿Le gusta un bolero bailado con estilo? ¿Le interesan las danzas populares de Andalucía? ¿La farruca? ¿El garrotín? ¿Quiere usted ver cómo el baile flamenco clásico se estiliza y depura? Pues vaya usted a París.

—¿A París para ver el baile flamenco?

—Sí, señor; a París. No busque usted buenos bailarines flamencos en España. Salvo en algún rincón castizo de Barcelona, no encontrará usted en toda la Península la ocasión de admirar unos "panaderos" bien bailados. Hay que ir a Montmartre y buscar al maestro Juan Martínez, el depositario de la buena tradición del baile flamenco, el único que todavía hoy baila como mandan los cánones; o a Vicente Escudero, el vanguardista revolucionario del flamenco; o a doña Antonia Mercé, la "Argentina"; o a Miralles, o a "Teresina", o a la "Joselito"...

El baile flamenco se ha acabado en España. Lo desdeñábamos, lo poníamos en ridículo, y emigró. Se ha ido; sin que nos demos cuenta siquiera, se ha ido. ¿A que no recuerda usted haber visto bailar flamenco en ningún sitio desde hace un año? En cambio, en París yo he visto el triunfo clamoroso de un "bolero español" en una soirée memorable en la que se exhibían, desde las danzas clásicas de los discípulos de Diaghilev a los pasos litúrgicos de los japoneses y los bailes populares nórdicos de la Balachova.

* * *

El maestro Juan Martínez, bailarín flamenco, hijo de bailarín flamenco, que ha recorrido el mundo entero ofreciendo la maravilla de su arte, me dice en este rinconcito de la Place Pigalle, donde los "flamencos de París" han fijado su sede:

—En España se ha perdido el gusto por el baile flamenco clásico. Hay todavía quien sabe bailar, pero tiene que olvidarlo porque del baile nadie puede vivir allí. Yo he visto, con pena, cómo al flamenco le meten pasos de baile ruso y cómo lo descoyuntan convirtiéndolo en un ejercicio, sin gracia, de contorsionistas o gimnastas. Al público no le gusta más sino que el bailarín se tire al suelo y dé grandes porrazos. ¡Cuándo se ha visto eso en el flamenco, Señor!

En todo el mundo no había un baile como el nuestro—sigue diciéndome el maestro Juan Martínez—; yo he tenido en mi academia a los bailarines más famosos, que han venido a aprender los pasos del flamenco; bailarinas rusas, bailarinas de puntas; todas han venido a caer en "lo nuestro", sorprendidas y maravilladas. Ultimamente vino a verme una muchachita americana que, según me dijo, quería aprender el flamenco, por afición. Desde el primer momento me di cuenta de que se trataba de una bailarina profesional, y terminó confesándome que, efectivamente, tenía una academia de baile en Norteamérica y había venido a París para aprender nuestro arte y enseñarlo después a sus discípulas.

Son unos cuantos artistas, amantes verdaderos de su arte, los que desde el Extranjero conservan la tradición del buen baile. En París hay siempre una sala en la que puede admirarse un buen número de baile español. Esto, sin contar las "soirées" privadas, lo que pudiéramos llamar "flamenco di camera", ni las atracciones españolas de los "cabarets" y los "music-hall". A pocos pasos de aquí tenemos, en el corazón de Montmartre, el "Cabaret Sevilla", donde triunfan la "Joselito" con su farruca y Montoya con su guitarra.

Pero, sobre todo, en París está el centro de contratación de artistas para el mundo entero, y nuestros bailarines flamencos salen desde aquí para Egipto, los Balcanes o América. En todas partes el flamenco sorprende y entusiasma. En todas partes, menos en España...

Y el maestro Juan Martínez considera el destierro del flamenco con la misma tristeza de todos los desterrados.

* * *

El virtuoso del flamenco, Vicente Escudero—este vanguardista rabioso, este flamenco, pasado por Picasso, que sale a bailar estilizaciones rítmicas de Falla con unas castañuelas de hierro—, viene y me dice:



Vicente Escudero, el genial innovador del baile flamenco, en una de sus "poses" características.



Reyes Donoso, joven y bella bailarina española que actúa con gran éxito en París.

—¿Cree usted que España está preparada para unas exhibiciones de flamenco?

—Hombre; la verdad, no sé. Su flamenco de usted es una cosa ya tan europea, tan quintaesenciada, que a lo mejor los flamencos de allí no lo entienden.

—Yo quiero ir a España, pero tengo miedo. Ahora mismo vengo de hacer una *tournée* por Turquía, Rumania, Bulgaria, Egipto, Grecia, etcétera. En todas partes mi arte ha sido admirado y respetado. ¿Lo estimarán igualmente en España? ¡Hay por allá abajo tan poca estimación por el buen baile!

—Realmente—tengo que decirle—, en España, los bailarines de flamenco tienen en este tiempo poco éxito; pero lo de usted, a pesar de ser netamente flamenco, acaso lo reciban ahora como cosa nueva, y a través de sus estilizaciones lo acepten y les entusiasme pensando que es un exotismo. Vaya usted a bailar en España. Yo no me atrevo a profetizarle nada, pero creo que debía usted ir...

—No sé; no sé. ¡Tengo tanto miedo a no gustar en España!

Me he quedado un poco perplejo. La verdad; lo esperaba todo menos esto de que se pueda bailar flamenco en todo el mundo menos en España.

* * *

He ido esta tarde a la clase de baile flamenco del maestro Juan Martínez, en el corazón de Montmartre. Muchas alumnas; francesas y españolas. Nada de baile clásico, ni de puntas, ni de sociedad; flamenco puro.

El maestro me presenta a algunas de sus discípulas francesas.



Unas «sevillanas» francoespañolas en la Academia de Martínez.



Una lección del maestro Martínez en su Academia flamenca de Montmartre.

—Esta, Suzanne—me dice—, parisién castiza, baila mejor que muchas que han nacido en la Cava. Aquella otra es una señorita de la buena sociedad francesa que baila flamenco por afición. El éxito del flamenco en los salones es cada día mayor y, como ésta, hay muchas damitas francesas que sueñan con el éxito de una farruca bien bailada en el círculo de sus amistades.

"No se sospecha siquiera en España lo que es nuestro baile. No hay más que repasar mentalmente las diversas clases de danza que existen desde que el mundo es mundo. Entre las cuatro o cinco maneras de bailar que la Humanidad ha tenido, cuenta como cosa fundamental el flamenco. No hay nada igual. Y, créame usted, muchos bailarines clásicos, de esos que resucitan movimientos y actitudes de la antigüedad, quisieran tener en la masa de la sangre el brío, el impulso vital que hace falta para acometer un "bolero".

(Claro es que el maestro Juan Martínez no dice estas mismas palabras. El habla a su modo, con sus imágenes castizas plagadas de galicismos; pero a lo largo de su charla internacional, que pondría los nervios de punta a un académico, yo sé que quiere decir eso; y lo traduzco así.)

—Vienen también—agrega—algunas artistas españolas, que se presentan en París a triunfar, a las que se les ha olvidado al salir de España lo más importante: aprender a bailar flamenco a conciencia. Cuando ya están aquí es cuando sienten, o se les hace sentir, esa necesidad, y entonces vienen a que yo les ponga unos cuantos bailes castizos. Pero esto no lo diga usted.

* * *

Debo decirlo, maestro Martínez. Hay que decir que es en París donde se enseña y se aprende a bailar flamenco; donde el artista flamenco puede ganar su pan, con más o menos dificultades, pero con la posibilidad de subsistir, y donde hasta pueden emprenderse grandes aventuras de arte puro, como las de Antonia Mercé y Vicente Escudero, a las que el público responde con tanto entusiasmo y generosidad.

MANUEL CHAVES NOGALES.

París.

(Fotos Meurisse.)



Tina Meller, la hermana de la famosa Raquel Meller, una de las bailarinas españolas que pasean en triunfo por todo el mundo el baile flamenco.